

Guía de lectura

Antología poética
de literatura peninsular

Department of Spanish and Portuguese
San Diego State University

Table of Contents

1. Siglo de Oro:(Renacimiento/Barroco).....	2
Garcilaso de la Vega	2
Soneto X	2
Soneto XIII	2
Soneto XI	2
Soneto XXIII	2
Égloga III	3 - 6
Fray Luis de León	7
"¡Qué descansada vida"	7
"Folgada el rey Rodrigo" (profecía del tajo)	8
San Juan de la Cruz	9
"Canción II: La noche oscura"	9
Juan de Góngora	10
" Mientras por compartir tu cabello"	10
" Menos solicitó veloz saeta"	10
Francisco de Quevedo	11
" Ah de la vida!...? Nadie me responde?"	11
" Miré los muros de la patria mía"	11
" En breve cárcel traigo aprisionado"	11
" Cerrar podrá mis ojos la postrera	12
2. Siglo XIX: Romanticismo	13
José de Espronceda	13
" Canción del pirata"	13
Gertrudis Gómez de Avellaneda	15
" A partir"	15
" A él"	15 - 16
Carolina Coronado	17
"El girasol"	17
" Libertad"	18
Gustavo Adolfo Bécquer	19
"Rima IV"	19
"Rima V"	20
"Rima XI"	21
"Rima LIII"	21
Rosalía de Castro	22
" Volved"	22
" Sintiéndose acabar con el estío	22
" Ya siente que te extingues en su seno"	23
" Ya pasó la estación de los calores"	23
" Cuando sopla el norte duro"	23

3. Siglo XX: Generación de 27	24
Pedro Salinas	24
" Para vivir no quiero"	24
Jorge Guillén	25
" Las doce en el reloj"	25
Gerardo Diego	25
" El ciprés de silos"	25
Rafael Alberti	26
" Los dos ángeles"	26
Dámaso Alonso	26
"Insomnio"	26
Vicente Aleixandre	27
"La selva y el mar"	27
Luis Cernuda	28
"No decía palabras"	28
Federico García Lorca	29
" Llanto por Ignacio Sánchez Mejías"	29
4. Periodo Colonial	30
Sor Juana Inés de la Cruz	30
" Hombres necios que acusáis"	30
" Este, que ves, engañado colorido"	31
" Rosa divina que en gentil cultura"	31
"Detente, sobre de mi bien esquivo"	31

1

Antología Poética
de
Literatura Peninsular

Siglo de Oro (Renacimiento/ Barroco)



Garcilaso de la Vega
(1501-1536)

Soneto X

¡Oh dulces prendas por mí mal halladas,
dulces y alegres cuando Dios quería!
Juntas estáis en la memoria mía,
y con ella en mi muerte conjuradas.

¿Quién me dijera, cuando las pasadas
horas en tanto bien por vos me vía,
que me habíais de ser en algún día
con tan grave dolor representadas?

Pues en un hora junto me llevastes
todo el bien que por término me distes,
llevadme junto al mal que me dejastes.

Si no, sospecharé que me pusistes
en tantos bienes, porque deseastes
verme morir entre memorias tristes.

Soneto XIII

A Dafne ya los brazos le crecían
y en luengos ramos vueltos se mostraban;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos que el oro escurecían;

de áspera corteza se cubrían
los tiernos miembros que aun bullendo estaban;
los blancos pies en tierra se hincaban
y en torcidas raíces se volvían.

Aquel que fue la causa de tal daño,
a fuerza de llorar, crecer hacía
este árbol, que con lágrimas regaba.

¡Oh miserable estado, oh mal tamaño,
que con llorarte crezca cada día
la causa y la razón por que llorabat

Soneto XI

Hermosas ninfas, que, en el río metidas,
contentas habitáis en las moradas
de relucientes piedras fabricadas
y en columnas de vidrio sostenidas;

ahora estéis labrando embebecidas
o tejiendo las telas delicadas,
ahora unas con otras apartadas
contándoos los amores y las vidas:

dejad un rato la labor, alzando
vuestras rubias cabezas a mirarme,
y no os detendréis mucho según ando,

que o no podréis de lástima escucharme,
o convertido en agua aquí llorando,
podréis allá despacio consolarme.

Soneto XXIII

En tanto que de rosa y azucena
se muestra la color en vuestro gesto,
y que vuestro mirar ardiente, honesto,
enciende al corazón y lo refrena;

y en tanto que el cabello, que en la vena
del oro se escogió, con vuelo presto,
por el hermoso cuello blanco, enhiesto,
el viento mueve, esparce y desordena:

coged de vuestra alegre primavera
el dulce fruto, antes que el tiempo airado
cubra de nieve la hermosa cumbre;

marchitará la rosa el viento helado.
Todo lo mudará la edad ligera
por no hacer mudanza en su costumbre.

ÉGLOGA III

Aquella voluntad honesta y pura,
ilustre y hermosísima María,
que en mí de celebrar tu hermosura,
tu ingenio y tu valor estar solía,
a despecho y pesar de la ventura
que por otro camino me desví,
está y estará en mí tanto clavada,
cuanto del cuerpo el alma acompañada.

Y aún no se me figura que me toca
aqueste oficio solamente en vida;
mas con la lengua muerta y fría en la boca
pienso mover la voz a ti debida.
Libre mi alma de su estrecha roca
por el Estigio lago conducida,
celebrándose irá, y aquel sonido
hará parar las aguas del olvido.

Mas la fortuna, de mi mal no harta,
me aflige, y de un trabajo en otro lleva;
ya de la patria, ya del bien me aparta;
ya mi paciencia en mil maneras prueba;
y lo que siento más es que la carta
donde mi pluma en tu alabanza mueva,
poniendo en su lugar cuidados vanos,
me quita y me arrebatá de las manos.

Pero por más que en mí su fuerza pruebe
no tomará mi corazón mudable;
nunca dirán jamás que me remueve
fortuna de un estudio tan loable.
Apolo y las hermanas todas nueve,
me darán ocio y lengua con que hable
lo menos de lo que en tu ser cupiere;
que esto será lo más que yo pudiere.

En tanto no te ofenda ni te harto
tratar del campo y soledad que amaste,
ni desdeñes aquesta inculta parte
de mi estilo, que en algo ya estimaste.
Entre las armas del sangriento Marte,
do apenas hay quien su furor contraste,
hurté de tiempo aquesta breve suma,
tomando, ora la espada, ora la pluma.

Aplica, pues, un rato los sentidos
al bajo son de mi zampoña ruda,
indigna de llegar a tus oídos,
pués de ornamento y gracia va desnuda;
mas a las veces son mejor oídos
el puro ingenio y lengua casi muda,
testigos limpios de ánimo inocente,
que la curiosidad del elocuento.

Por aquesta razón de ti escuchado,
aunque me falten otras, ser merezco.
Lo que puedo te doy, y lo que he dado,
con recibillo tú yo me enriquezco.
De cuatro ninfas que del Tajo amado
salieron juntas a cantar me ofrezco:
Filódoce, Dinámene y Clímene,
Nise, que en hermosura par no tiene.

Cerca del Tajo en soledad amena
de verdes sauces hay una espesura,
toda de yedra revestida y llena,
que por el tronco va hasta la altura,
y así la teje arriba y encadena,
que el sol no halla paso a la verdura;
el agua baña el prado con sonido
alagando la vista y el oído.

Con tanta mansedumbre el cristalino
Tajo en aquella parte caminaba,
que pudieran los ojos el camino
determinar apenas que llevaba.
Peinando sus cabellos de oro fino,
una ninfa del agua do moraba
la cabeza sacó, y el prado ameno
vido de flores y de sombra lleno.

Movióla el sitio umbroso, el manso viento,
el suave olor de aquel florido suelo.
Las aves en el fresco apartamiento
vio descansar del trabajoso vuelo.
Secaba entonces el terreno aliento
el sol subido en la mitad del cielo.
En el silencio sólo se escuchaba
un susurro de abejas que sonaba.

Habiendo contemplado una gran pieza
atentamente aquel lugar sombrío,
somorgujó de nuevo su cabeza,
y al fondo se dejó calar del río.
A sus hermanas a contar empiezo
del verde sitio el agradable frío,
y que vayan las ruega y amonesta
allí con su labor a estar la siesta.

No perdió en esto mucho tiempo el ruego,
que las tres de ellas su labor tomaron
y en mirando de fuera, vieron luego
el prado, hacia el cual enderezaron.
El agua clara con lascivo juego
nadando dividieron y cortaron,
hasta que el blanco pie tocó mojado,
saliendo de la arena el verde prado.

Poniendo ya en lo enjuto las pisadas,
escurrieron del agua sus cabellos,
los cuales esparciendo, cobijadas
las hermosas espaldas fueron de ellos.
Luego sacando telas delicadas,
que en delgadeza competían con ellos,
en lo más escondido se metieron,
y a su labor atentas se pusieron.

Las telas eran hechas y tejidas
del oro que el felice Tajo envía,
apurado después de bien comidas
las menudas arenas do se cría:
y de las verdes hojas reducidas
en estambre sutil, cual convenía
para seguir el delicado estilo
del oro ya tirado en rico hilo.

La delicada estambre era distinta
de los colores que antes le habían dado
con la fineza de la varia tinta
que se halla en las conchas del pescado.
Tanto artificio muestra en lo que pinta
y teje cada Ninfa en su labrado,
cuanto mostraron en sus tablas antes
el celebrado Apeles y Timantes.

Filódoco, que así de aquellas era
llamada la mayor, con diestra mano
tenía figurada la ribera
de Estrimón, de una parte el verde llano,
y de otra el monte de aspereza fiera,
pisado tarde o nunca de pie humano,
donde el amor movió con tanta gracia
la dolorosa lengua del de Tracia.

Estaba figurada la hermosa
Eurídice, en el blanco pie mordida
en la pequeña sierpe ponzoñosa
entre la hierba y flores escondida;
descolorida estaba como rosa
que ha sido fuera de sazón cogida,
y el ánima los ojos ya volviendo,
de su hermosa carne despidiendo.

Figurado se vía extensamente
el osado marido que bajaba
al triste reino de la oscura gente,
y la mujer perdida recobraba;
y cómo después de esto él, impaciente
por mitalla de nuevo, la tornaba
a perder otra vez, y del tirano
se queja al monte solitario en vano.

Dínámene no menos artificio
mostraba en la labor que había tejido,
pintando a Apolo en el robusto oficio
de la silvestre caza embebecido.
Mudar luego le hace el ejercicio
la vengativa mano de Cupido,
que hizo a Apolo consumirse en lloro
después que le enclavó con punta de oro.

Dafne con el cabello suelto al viento,
sin perdonar al blanco pie corría
por áspero camino, tan sin tiento
que Apolo en la pintura parecía que,
porque ella templase el movimiento,
con menos ligereza la segura.
Él va siguiendo, y ella huye
como quien siente al pecho el odioso plomo.

Mas a la fin los brazos le crecían,
y en sendos ramos vueltos se mostraban.
Y los cabellos, que vencer solían
al oro fino, en hojas se tornaban;
en torcidas raíces se extendían
los blancos pies, y en tierra se hincaban;
llora el amante, y busca el ser primero,
besando y abrazando aquel madero.

Climene, llena de destreza y maña,
el oro y los colores matizando
iba, de hayas una gran montaña,
de robles y de peñas variando;
un puercu entre ellas de braveza extraña,
estaba los colmillos aguzando
contra un mozo; no menos animoso,
con su venablo en mano, que hermoso.

Tras esto el puercu allí se vía herido
de aquel mancebo por su mal valiente,
y el mozo en tierra estaba ya tendido,
abierto el pecho del rabioso diente;
con el cabello de oro desparcido
barriendo el suelo miserablemente,
las rosas blancas por allí sembradas
tomaba con su sangre coloradas.

Adonis este se mostraba que era,
según se muestra Venus dolorida,
que viendo la herida abierta y fiera,
estaba sobre él casi amortecida.
Boca con boca cogo la postrera
parte del aire que solía dar vida
al cuerpo, por quien ella en este sueño
aborrecido tuvo al alto cielo.

La blanca Nise no tomó a destajo
de los pasados casos la memoria
y en la labor de su sutil trabajo
no quiso entretener antigua historia;
antes mostrando de su claro Tajo
en su labor la celebrada gloria,
lo figuró en la parte donde él baña
la más felice tierra de la España.

Pintado el caudaloso río se vía,
que en áspera estrechez reducido,
un monte casi alrededor ceñía
con impetu corriendo y con ruido;
querer cercallo todo parecía
en su volver, mas ora afán perdido;
dejábase correr en fin derecho,
contento de lo mucho que había hecho.

Estaba puesta en la sublime cumbre
del monte, y desde allí por él sembrada
aquella ilustre y clara pesadumbre
de antiguos edificios adornada.
De allí con agradable mansedumbre
el Tajo va siguiendo su jornada,
y regando los campos y arboledas
con artificio de las altas ruedas.

En la hermosa tela se veían
entretajadas las silvestres diosas
salir de la espesura, y que venían
todas a la ribera presurosas,
en el semblante tristes, y traían
cestillos blancos de purpúreas rosas,
las cuales esparciendo derramaban
sobre una ninfa muerta, que lloraban,

Todas con el cabello desparcido
lloraban una ninfa delicada,
cuya vida mostraba que había sido
antes de tiempo y casi en flor cortada.
Cerca del agua en el lugar florido,
estaba entre las hierbas degollada,
cual queda el blanco cisne cuando pierde
la dulce vida entre la hierba verde.

Una de aquellas diosas, que en belleza,
al parecer, a todas excedía,
mostrando en el semblante la tristeza
que del funesto y triste caso había
apartado algún tanto, en la corteza
de un álamo estas letras escribía
como epitafio de la ninfa bella,
que hablaban así por parte de ella.

"Elisa soy, en cuyo nombre suena
y se lamenta el monte cavernoso,
testigo del dolor y grave pena
en que por mí se aflige Nemoroso,
y llama ¡Elisa!... ¡Elisa! a boca llena
responde el Tajo, y lleva presuroso
al mar de Lusitania el nombre mío,
donde será escuchado, yo lo fio."

En fin en esta tela artificiosa
toda la historia estaba figurada,
que en aquella ribera deleitosa
de Nemoroso fue tan celebrada;
porque de todo aquesto y cada cosa
estaba Nise ya tan informada,
que llorando el pastor, mil veces ella
se enterneció escuchando su querrela.

Y porque aqueste lamentable cuento
no sólo entre las selvas se contase,
mas dentro de las ondas sentimiento
con la noticia desto se mostrase,
quiso que de su tela el argumento
la bella ninfa muerta señalase
y así se publicase de uno en uno
por el húmedo reino de Neptuno.

Destas historias tales variadas
eran las telas de las cuatro hermanas,
las cuales con colores matizadas
claras y luces de las sombras vanas,
mostraban a los ojos relevadas
las cosas y figuras que eran llanas,
tanto, que al parecer el cuerpo vano
pudiera ser tomado con la mano.

Los rayos ya del sol se trastornaban,
escondiendo su luz al mundo cara
tras altos montes, y a la luna daban
lugar para mostrar su blanca cara;
los peces a menudo ya saltaban,
con la cola azotando el agua clara,
cuando las Ninfas, la labor dejando,
hacia el agua se fueron paseando.

En las templadas ondas ya metidos
tenían los pies, y reclinar querían
los blancos cuerpos, cuando sus oídos
fueron de dos zamponas que tañían,
suave y dulcemente, detenidos;
tanto, que sin mudarse las oían,
y al son de las zamponas escuchaban
dos pastores a veces que cantaban.

Más claro cada vez el son se oía,
de los pastores, que venían cantando
tras el ganado, que también venía
por aquel verde soto caminando;
y a la majada, ya pasado el día,
recogido le llevan, alegrando
las verdes selvas con el son suave
haciendo su trabajo menos grave.

Tirreno de estos dos el uno era,
Alcino el otro, entrambos estimados,
y sobre cuantos pacen la ribera
del Tajo con sus vacas enseñados;
maricebos de una edad, de una manera
a cantar juntamente aparejados
y a responder, aquesto van diciendo,
cantando el uno, el otro respondiendo.

TIRRENO

Flérída, para mi dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno,
más blanca que la leche, y más hermosa
que el prado por abril de flores lleno:
si tú respondes pura y amorosa
al verdadero amor de tu Tirreno,
a mi majada arribarás primero
que el cielo nos muestre su lucero.

ALCINO

Hermosa Filis, siempre yo te sea
amargo al gusto más que la retama,
y de tí despojado yo me vea,
cual queda el tronco de su verde rama,
si más que yo el murciélagu desea
la oscuridad, ni más la luz desama,
por ver ya el fin de un término tamaño
de este día; para mí mayor que un año.

TIRRENO

Cuál suele acompañada de su bando
aparecer la dulce primavera,
cuando Favonio y Céfito soplando
al campo toman su beldad primera,
y van artificiosos esmaltando
de rojo, azul y blanco la ribera,
en tal manera a mi Flérída mía
viniendo, reverdece mi alegría.

ALCINO

¿Ves el furor del animoso viento
embravecido en la fragosa sierra
que los antiguos robles ciento a ciento,

y los pinos altísimos atierra,
y de tanto destrozo aún no contento,
al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia, comparada
a la de Filis, con Alcino airada.

TIRRENO

El blanco trigo multiplica y crece
produce el campo en abundancia y tierno
pasto al ganado; el verde monte ofrece
a las fieras salvajes su gobierno-,
a do quiera me miro, me parece
que derrama la copia todo el cuerno;
mas todo se convertirá en abrojos,
si de ello aparta Flérída sus ojos.

ALCINO

De la esterilidad es oprimido
el monte, el campo, el soto y el ganado;
la malicia del aire corrompido
hace morir la yerba mal su grado;
las avus ven su descubierto nido,
que ya de verdes hojas fue cercado;
pero si Filis por aquí tornare,
hará reverdecer cuanto mirare.

TIRRENO

El álamo de Alcides escogido
fue siempre, y el laurel del rojo Apolo;
de la hermosa Venus fue tenido
en precio y en estima el mirto solo;
el verde sauce de Flérída es querido,
y por suyo entre todos escogiólo:
doquiera que de hoy más sauces se hallen,
el álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO

El fresno por la selva en hermosura
sabemos ya que sobre todos vaya,
y en aspereza y monte de espesura
se aventaja la verde y alta haya;
mas el que la beldad de tu figura,
donde quiera mirando, Filis, haya,
al fresno y a la haya en su aspereza
confesará que vence tu belleza.

Esto cantó Tirreno, y esto Alcino
le respondió; y habiendo ya acabado
el dulce son, siguieron su camino
con paso un poco más apresurado.
Siendo a las ninfas ya el rumor vecino,
juntas se arrojan por el agua a nado;
y de la blanca espuma que movieron,
las cristalinas ondas se cubrieron.



Fray Luis de León
(1527-1591)

¡Qué descansada vida,
la del que huye¹ el mundanal ruido,²
y sigue la escondida
senda³ por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!⁴

5

Que no le enrubia el pecho⁵
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio usuro, en jaspes sustentado.⁶

10

No cura si la fama
canta con voz su nombre pregonera,⁷
ni cura si escaraban⁸
la lengua lianquera⁹
lo que condensa la verdad sincera.

15

¡Qué presa a mi contento!¹⁰
si soy del vano dedo¹¹ señalado;
si, en busca deste viento,¹²
anda desmentado,¹³
con ansias vivas, con mortal cuidado!¹⁴

20

¡Oh montes, ¡oh fuentes, ¡oh ríos!
¡Oh secreto seguro, deleitoso!¹⁵
Roto así el cavio,
a vuestro abito¹⁶ reposo
huyo de aqueste mar tempestuoso.¹⁷

25

Un no rompido¹⁸ aseño,
un día puro, alegre, libre quiero;
no quiero ver el ceño
vanamente severo
de a quien la sangre ensaba o el dinero.¹⁹

30

Despléntame las aves
con su cantar sabroso no aprendido;²⁰
no los cuidados graves
de que es siempre seguido²¹
el que al ajeno arbitrio²² está amoldado.

35

Vivir quiero conmigo;²³
gozar quiero del bien que debo al cielo,
a solas, sin testigo,
libre de amor, de ceño,
de odio, de esperanzas, de recelo.

40

Del monte en la ladera,²⁴
por mi mano plantado tengo un huerto,
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

45

Y como codiciosa
por ver y acrecentar su hermosura,²⁵
desde la cumbre airada
una fontana pura
hasta llegar corriendo se apresura.

50

Y luego susegada,
el paso entre los árboles torciendo,²⁶
el suelo, de pasada,
de verdura vistiendo
y con diversas flores va esparciendo.²⁷

55

El aire el huerto ocea
y ofrece mil olores al sentido;
los árboles menes
con un manso ruido²⁸
que del oro y del cetro pone obrido.²⁹

60

Téngase³⁰ su tesoro
los que de un flaco leño³¹ se confían;
no es tal³² ver el loro
de los que desconfían
cuando el cielo y el fuego portan.³³

65

La combuñida antena
ruje, y en ciega noche el claro día
se torca; al cielo suena
confusa vocería,
y la mar enriquecen a porfía.

70

A mí una pobrecilla
mesa, de amable paz bien abastada,³⁴
me basta; y la vajilla
de fino oro labrada
sea de quien la mar no teme airada.³⁵

75

Y mientras miserable-
mente³⁶ se están los oídos abrasando
con voz insustentable
del peligroso mundo,³⁷
sentido yo a la sombra está cantando.

80

A la sombra tendido,
de yedra y laureo eterno coronado,³⁸
puesto el atento oído
al son dulce, acordado,³⁹
del plectro⁴⁰ sabiamente menzado.

85

PROFECÍA DEL TAJO¹

Folgaba¹ el rey Rodrigo
con la hermosa Cava² en la ribera
del Tajo, sin testigo;
el río sacó fuera
el pecho y le habló desta manera.³

5

"En mal punto⁴ te goceas,
injusto forzador,⁵ que ya el sonido
y las amargas voces,
y ya siento el bramido⁶
de Marte,⁷ de furor y ardor ceñido.⁸

10

"¡Ay!, esa tu alegría
¡qué llantos acarreal, y esa hermosa⁹
(que vio el sol en mal día)¹⁰
a España, ¡ay, cuán llorosa!
y al cetro de los godos ¡cuán costosa!

15

"Llamas, dolores, guerras,
muertes, asolamiento,¹¹ fieros males
entre tus brazos cierras;¹²
trabajos¹³ inmortales
a ti y tus vasallos naturales:

20

"a los que en Constantina
rompen el fértil suelo,¹⁴ a los que baña
el Ebro, a la vecina
Salsueña, a Lusitania,
a toda la espaciosa y triste España.¹⁵

25

"Ya dende¹⁶ Cádiz llama
el injuriado conde,¹⁷ a la venganza
atento y no a la fama,
la bárbara pujanza,¹⁸
en quién para tu¹⁹ daño no hay tardanza.

30

"Oye que al cielo toca
con temeroso²⁰ son la trompa fiera,²¹
que en África convoca
el moro a la bandera,²²
que al aire desplegada va ligera.

35

"La lanza ya blandea²³
el árabe cruel, y hiere el vicinto²⁴
llamando a la pelca; ,
innumerable cuento²⁵
de escuadras juntas veo en un momento.

40

"Cubre la gente el suelo,
debajo de las velas desaparece²⁶
la mar, la voz al cielo²⁷
confusa y varia crece,
el polvo roba el día²⁸ y le escurece.

45

"¡Ay, que ya presurpos
suben²⁹ las largas naves! ¡ay, que tienden
los brazos vigorosos
a los remos, y encienden³⁰
las mares espumosas por do hienden!³¹

50

"El Kolo derecho
hinche la vela en popa,³² y larga enprada

por el hercúleo estrecho,³³
con la punta acerada,
el gran padre Neptuno da a la armada.³⁴

55

"¡Ay, triste! ¿Y aún te tiene³⁵
el mal dulce regazo?³⁶ ¿Ni llamado,
al mal que sobreviene
no acorres?³⁷ ¿Ocupado,
no ves ya el puerto a Hércules sagrado?³⁸

60

"Acude, acorre, vuela,
traspasa el alta tierra,³⁹ ocupa el llano;
no perdones⁴⁰ la espuela;
no des paz a la mano;
menea fulminando el hierro insano.⁴¹

65

¡Ay, cuánto de fatiga!
¡ay, cuánto de sudor está presente
al que viste loriga,⁴²
al infante⁴³ valiente,
a hombres y a caballos juntamente!

70

Y tú, Betis divino,
de sangre ajena y tuya amancillado,⁴⁴
darás al mar vecino
¡cuánto yelmo⁴⁵ quebrado!,
¡cuánto cuerpo de nobles destrozado!

75

El furibundo Marte
cinco luces las haces desordena
igual a cada parte;
la sesta,⁴⁶ ¡ay!, te condena,
¡oh cara patrial, a bárbara cadena.⁴⁷

80



San Juan de la Cruz
(1542-1591)

CANCIÓN II: LA NOCHE OSCURA

Canciones

*De el alma que se goza de haber llegado
al alto estado de la perfección, que
es la unión con Dios, por el camino
de la negación espiritual.*

1. En una noche oscura,
con ansias en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada:

2. a escuras y segura,
por la secreta escala disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a escuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada;

3. en la noche dichosa,
en secreto, que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

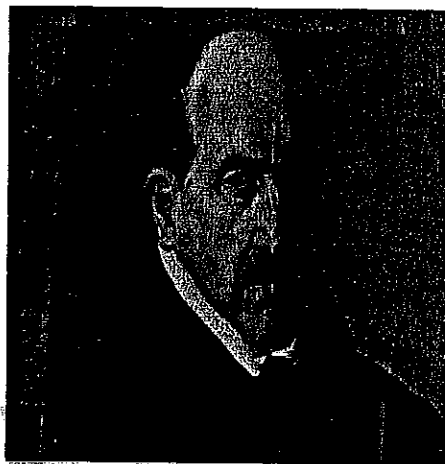
4. Aquésta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía,
a donde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

5. ¡Oh noche que guiaste!,
¡oh noche amable más que el alborada!,
¡oh noche que juntaste
amado con amada,
amada en el amado transformada!

6. En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba;
y el ventalle de cedros aire daba.

7. El aire de la aimena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

8. Quedéme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.



Juan de Góngora
(1561-1627)

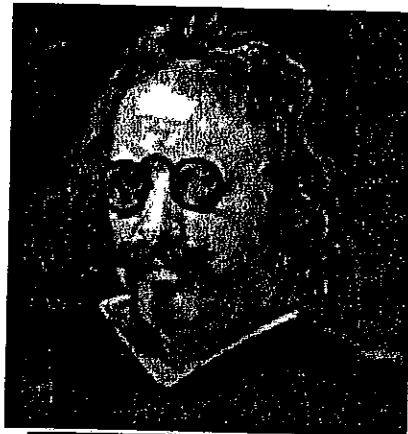
Mientras por competir con tu cabello
oro bruñido¹ al sol relumbra en vano,
mientras con menosprecio en medio el² llano
mira tu blanca frente el lilio bello,

mientras a cada labio, por cogello, 5
siguen más ojos que al clavel temprano,
y mientras triunfa con desdén lozano
del³ luciente cristal tu gentil cuello,

goza cuello, cabello, labio y frente, 10
antes que lo que fue en tu edad dorada
oro, lilio, clavel, cristal luciente,

no sólo en plata o viola⁴ troncada
se vuelva, mas tú y ello juntamente
en tierra, en humo,⁵ en polvo, en sombra, en nada.

Menos solicitó veloz saeta
destinada señal que mordió aguda;
agonal carro por la arena muda
no coronó con más silencio meta,
que presurosa corre, que secreta,
a su fin nuestra edad. A quien lo duda,
fiera que sea de razón desnuda,
cada Sol repetido es un cometa.
¿Confíesalo Cartago, y tú lo ignoras?
Peligro corres, Licio, si porfías
en seguir sombras y abrazar engaños.
Mañ te perdonarán a ti los las horas,
las horas que limando están los días,
los días que royendo están los años.



Francisco de Quevedo
(1580-1645)

POEMAS METAFÍSICOS

2

*Representase la brevedad de lo que se vive
y cuán nada parece lo que se vivió*

«¡Ah de la vida!» ... ¿Nadie me responde?
¡Aquí de los antaños que he vivido!
La Fortuna mis tiempos ha mordido;
las Horas mi locura las esconde.

¡Que sin poder saber cómo ni adónde,
la salud y la edad se hayan huido!
Falta la vida, asiste lo vivido,
y no hay calamidad que no me ronde.

Ayer se fue; mañana no ha llegado;
hoy se está yendo sin parar un punto;
soy un fue, y un será, y un es cansado.

En el hoy y mañana y ayer, junto
pañales y mortaja, y he quedado
presentes sucesiones de difunto.

Salmo XVII

Miré los muros de la patria mía,
si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
de la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo; vi que el sol bebía
los arroyos del yelo desatados,
y del monte quejosos los ganados,
que con sombras hurtó su luz al día.

Entré en mi casa; vi que, amancillada,
de anciana habitación era despojos;
mi báculo, más corvo y menos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada,
y no hallé cosa en que poner los ojos
que no fuese recuerdo de la muerte.

BONETO

En breve cárcel traigo aprisionado,¹
con toda su familia de oro ardiente,²
el cerco³ de la luz resplandeciente,
y grande imperio del Amor cerrado.⁴

Traigo el campo que pacen estrellado
las fieras altas de la piel luciente;⁵
y a escondidas⁶ del cielo y del Oriente,
día de luz y parto mejorado.⁷

Traigo todas las Indias en mi mano,
perlas que, en un diamante, por rubíes,
pronuncian con desdén tonoro yelo,⁸

y razonan tal vez⁹ fuego tirano
relámpagos de risa carmesíes,
auroras, gala y presunción del cielo.

AMOR CONSTANTE MÁS ALLÁ DE LA MUERTE

SONETO

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía,
hora a su afán ansioso lisonjera;¹

mas no, de esotra parte en la ribera, 5
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respeto a ley severa.²

Alma a quien todo un dios³ prisión ha sido,
venas que humor⁴ a tanto fuego han dado, 10
medulas⁵ que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejará, no su cuidado;⁶
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.⁷ (24)

Siglo XIX

Romanticismo



José de Espronceda
(1808-1842)

La Canción del Pirata

Con diez cañones por banda,
viento en popa, a toda vela,
no corta el mar, sino vuela
un velero bergantín:

bajel pirata que llaman,
por su bravura, el *Temido*,
en todo mar conocido
del uno al otro confin.

La luna en el mar riela,¹
en la lona² gime el viento,
y alza en blando movimiento
olas de plata y azul;

y va el capitán pirata,
cantando alegre en la popa,

Asia a un lado, al otro, Europa
y allá a su frente, Estambul.

«Navega, velero mío,
sin temor,
que ni enemigo navío,
ni tormenta, ni bonanza⁴
tu rumbo a torcer alcanza
ni a sujetar tu valor.

«Veinte presas
hemos hecho
a despecho
del inglés,
y han rendido
sus pendones
cien naciones
a mis pies.

«Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad;
mi ley, la fuerza y el viento;
mi única patria la mar.

«Allá muevan feroz guerra
ciegos reyes
por un palmo más de tierra:
que yo tengo aquí por mío
cuanto abarca el mar bravío,
a quien nadie impuso leyes.

«Y no hay playa,
sea cualquiera,
ni bandera
de esplendor,
que no sienta
mi derecho,
y dé pecho
a mi valor.

«Que es mi barco mi tesoro...

«A la voz de ¡Barco viene!¹
es de ver
cómo vira y se previene²
a todo trapo escapar.

que yo soy el rey del mar,
y mi furia es de temer.

«En las presas
yo divido
lo cogido
por igual;
sólo quiero
por riqueza
la belleza
sin rival.

«Que es mi barco mi tesoro...

«¡Sentenciado estoy a muerte!
yo me río;
no me abandone la suerte,
y al mismo que me condena,
colgaré de alguna antena,
quizá en su propio navío.

«Y si caigo,
¿qué es la vida?
Por pérdida
ya la di,
cuando el yugo
del esclavo,
como un bravo,
sacudí.

«Que es mi barco mi tesoro...

«Son mi música mejor,
aquilones;
el estrépito y temblor
de los cables sacudidos,
del negro mar los bramidos
y el rugir de mis cañones.

«Y del trueno
al son violento,
y del viento
al rebramar,
yo me duermo
sosegado,
arullado
por la mar.

«Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad,
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar».



Gertrudis Gómez de Avellaneda
(1814-1873)

Al partir¹

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
la noche cubre con su opaco velo
como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy a partir!... La chusma² diligente
para arrancarme del nativo suelo
las velas iza, y pronto a su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adiós, patria feliz, edén³ querido!
¡Doquier⁴ que el hado en su furor me impela,
tu dulce nombre halagará mi oído!
la noche cubre con su opaco velo
cómo cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy a partir!... La chusma² diligente
para arrancarme del nativo suelo
las velas iza, y pronto a su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adiós, patria feliz, edén³ querido!
¡Doquier⁴ que el hado en su furor me impela,
tu dulce nombre halagará mi oído!

¡Adiós!... ¡Ya cruje la turgente⁵ vela...
el ancla se alza... el buque, estremecido,
las olas corta y silencioso vuela!

A él⁶

Era la edad lisonjera⁷
en que es un sueño la vida,
era la aurora hechicera
de mi juventud florida,
en su sonrisa primera:

cuando contenta vagaba
por el campo, silenciosa,
y en escuchar me gozaba
la tórtola que entonaba
su querrela lastimosa.

Melancólico fulgor
blanca luna repartía,
y el aura leve mecía
su soplo murmurador
la tierna flor que se abría.

¡Y yo gozaba! El rocío,
nocturno llanto del cielo,
el bosque espeso y umbrío,
la dulce quietud del suelo,
el manso correr del río.

Y de la luna el albor,
y el aura que murmuraba,
acariciando a la flor,
y el pájaro que cantaba,
todo me hablaba de amor.

Y trémula, palpitante,
en mi delirio extasiada,
miré una visión brillante,
como el aire perfumada,
como las nubes flotante.

Ante mí resplandecía
como un astro brillador,
y mi loca fantasía
al fantasma seductor
tributaba idolatría.⁸

Escuchar pensé su acento
en el canto de las aves:
eran las auras su aliento
cargadas de aromas suaves,
y su estancia el firmamento.

¿Qué ser divino era aquél?
¿Era un Ángel o era un hombre?
¿Era un Dios o era Luzbel?...?
¿Mi visión no tiene nombre?
¡Ah! nombre tiene ... ¡Era él!

El alma guardaba tu imagen divina
y en ella reinabas ignoto señor,
que instinto secreto tal vez ilumina
la vida futura que espera el amor.

Al sol que en el cielo de Cuba destella,
del trópico ardiente brillante fanal,
tus ojos eclipsan, tu frente descuella
cuando se alza en la selva la palma real.

Del genio la aureola, radiante, sublime,
contiendo contemplo tu pálida sien,
y al verte, mi pecho palpita, y se oprime,
dudando si formas mi mal o mi bien.

Que tú eres no hay duda mi sueño adorado,
mas ¡ay! que mil veces el hombre, arrastrado
por fuerza enemiga, su mal anhelo.

Así vi a la mariposa
inocente, fascinada
en torno a la luz amada
revolotear con placer.

Insensata se aproxima
y le acaricia insensata,
hasta que la luz ingrata
devora su frágil ser.

Y es fama que allá en los bosques
que adornan mi patria ardiente,
nace y crece una serpiente
de prodigioso poder,
que exhala en torno su aliento
y la ardilla palpitante,
fascinada, delirante,
corre... ¡y corre a peracer!

¿Hay una mano de bronce,
fuerza, poder, o destino,
que nos impele al camino
que a nuestra tumba trazó?

¿Dónde van, dónde esas nubes
por el viento compelidas?...
¿Dónde esas hojas perdidas
que del árbol arrancó?

Vuelan, vuelan resignadas,
¡No saben donde van,
pero siguen el camino
que les traza el huracán.

Vuelan, vuelan en sus alas
nubes y hojas a la par,
ya los cielos las levante
ya las sumerja en el mar.

¡Pobres nubes! ¡pobres hojas

que no saben dónde van!...
pero siguen el camino
que les traza el huracán.



Carolina Coronado
(1820-1911)

El girasol

¡Noche apacible! En la mitad del cielo
brilla tu clara luna suspendida.
¡Cómo lucen al par tus mil estrellas!
¡Qué suavidad en tu ondulante brisa!

Todo es calma: ni el viento ni las voces
de las nocturnas aves se deslizan,
y del huerto las flores y las plantas
entre sus frescas sombras se reaniman.

Sólo el vago rumor que al arrastrarse
sobre las secas hojas y la brizna'
levantan los insectos, interrumpe
¡oh noche! aquí tu soledad tranquila.

Tú que a mi lado silencioso velas,
eterno amante de la luz del día,
solo tú, girasol, desdeñar puedes
las blandas horas de la noche estiva.'

Mustio' inclinando sobre el largo cuello
entre tus greñas la cabeza oscura,
del alba aguardas el primer destello,
insensible a la noche y su frescura.

Y alzas alegre el rostro desmayado,
hermosa flor, a su llegada atenta:
que tras ella tu amante, coronado
de abrasadoras llamas se presenta.

Cubre su luz los montes y llanuras;
la tierra entorno que te cerca inflama;
mírasle fija; y de su rayo apuras
el encendido fuego que derrama.

¡Ay, triste flor! que su reflejo abrasa
voraz, y extingue tu preciosa vida.
Mas ya tu amante al occidente pasa,
y allí tornas la faz descolorida.

Que alas te dan para volar parece
tus palpitantes hojas desplegadas,
y hasta el divino sol que desaparece
transportarte del tallo arrebatadas.

Tú le viste esconderse lentamente,
y la tierra de sombras inundarse.
Una vez y otra vez brilló en oriente,
y una vez y otra vez volvió a ocultarse.

Al peso de las horas agobiada,
por las ardientes siestas consumida,
presto sin vida, seca y deshojada,
caerás deshecha, en polvo convertida.

¿Qué valió tu ambición, por más que el vuelo
del altanero orgullo remontaste?

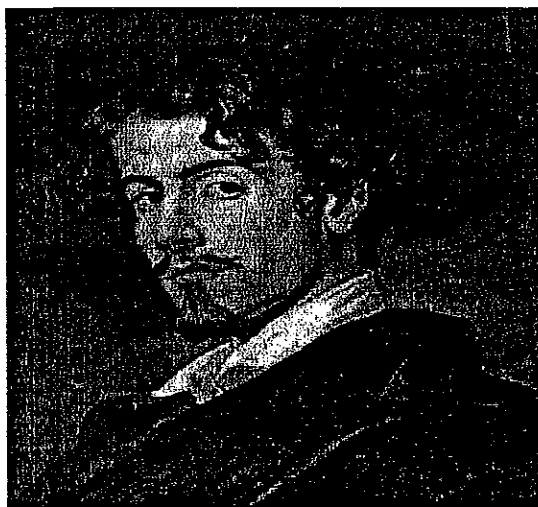
Tu mísera raíz murió en el suelo,
y ese sol tan hermoso que adoraste

sobre tus tristes fúnebres despojos
mañana pasará desde la cumbre.

Ni a contemplar se detendrán sus ojos
que te abrasaste por amar su lumbré.

Libertad

Risueños están los mozos,
gozosos están los viejos,
porque dicen, compañeras,
que hay libertad para el pueblo.
Todo es la turba cantares,
los campanarios estruendo,
los balcones luminarias,
y las plazuelas festejos.
Gran novedad en las leyes,
que, os juro que no comprendo,
ocurre cuando a los hombres
en tal regocijo vemos.
Muchos bienes se preparan,
dicen los doctos al reino:
si en ello los hombres ganan,
yo, por los hombres me alegro,
mas por nosotras, las hembras,
ni lo aplaudo ni lo siento,
pues aunque leyes se muden,
para nosotras no hay *fuera*.
¡Libertad! ¿qué nos importa?
¿qué ganamos, qué tendremos?
¿un encienso por *tribuna*?
y una aguja por *derecho*?
¡Libertad! pues, ¿no es sarcasmo
el que nos hacen sangriento
con repetir ese grito
delante de nuestros hierros?
¡Libertad! ¡ay! para el llanto
tuvimosla en todos tiempos;
con los tribunos lloraremos;
que, humanos y generosos
estos hombres, como aquéllos,
a sancionar nuestras penas
en todo siglo están prestos.
Los mozos están ufanos,
gozosos están los viejos,
igualdad hay en la patria,
libertad hay en el reino.
Pero os digo, compañeras,
que la ley es sola de ellos,
que las hembras no se cuentan
ni hay Nación para este sexo.
Por eso aunque los escucho,
ni me aplaudo ni lo siento;
si pierden, ¡Dios se lo pague!
y si ganan, ¡huen provecho!



Gustavo Adolfo Bécquer
(1836-1870)

Rimas

IV

No digas que agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira.
Podrá no haber poetas, pero siempre
habrá poesía.

Mientras las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas;
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista;

mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías;
mientras haya en el mundo primavera,
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance
las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que el cálculo resista;

mientras la Humanidad, siempre avanzando,
no sepa a do' camina;
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan;
mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran;
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira;

mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas;
mientras exista una mujer hermosa,
¡habrá poesía!

Mientras sintamos que se alegra el alma
sin que los labios rian;
mientras se lllore sin que el llanto acuda
a nublar la pupila;

V

Espíritu sin nombre,
 indefinible esencia,
 yo vivo con la vida
 sin forma de la idea.

Yo nado en el vacío,
 del sol tiemblo en la hoguera,
 palpito entre las sombras
 y floto con las nieblas.

Yo soy el fleco de oro
 de la lejana estrella;
 yo soy de la alta luna
 la luz dñia y serena.

Yo soy la ardiente nube
 que en el ocaso ondea;
 yo soy del astro errante
 la luminosa estela.

Yo soy nieve en las cumbres,
 soy fuego en las arenas,
 anil onda en los mares
 y espuma en la ribera.

En el latido soy nota,
 perfume en la violeta,
 fugaz llama en las tumbas,
 y en las ruinas hiedra.

Yo canto con la alondra
 y rumbo con la abeja,
 yo imito los ruidos
 que en la alta noche suenan.

Yo atrueno en el torrente,
 tu corazón, de su profundo suelo
 tal vez se despertará;

pero mudo y absorto y de rodillas,
 como se adora a Dios ante su altar,
 como yo te he querido... desengáñate:

¡así no te querrán!
 y silbo en la centella,
 y ciego en el relámpago,
 y rujo en la tormenta.

Yo río en los alcórcos,¹
 susurro en la alta hierba,
 suspiro en la onda pura
 y lloro en la hoja seca.

Yo ondulo con los átomos
 del humo que se eleva
 y el cielo lento sube
 en espiral inmensa.

Yo, en los dorados hilos
 que los insectos cueigan,
 me mezclo entre los árboles
 en la ardorosa siesta.

Yo corro tras las ninfas
 que en la corriente fresca
 del cristalino arroyo
 demudas juguetean.

Yo, en bosques de corales
 que alfombran blancas perlas,
 persigo en el Océano
 las náyades ligeras.²

Yo, en las cavernas cóncavas,
 do el sol nunca penetra,
 mezclándome a los gnomos,³
 contemplo sus riquezas.

Yo busco de los siglos
 las ya borradas huellas,
 y sé de esos imperios
 de que ni el hombre queda.

Yo sigo en rauda vértigo
 los mundos que voltean,
 y mi pupila abarca
 la creación entera.

Yo sé de esas regiones
 a do un rumor nos llega,
 y donde informes astros
 de vida un soplo esperan.

Yo soy sobre el abismo
 el puente que atraviesa;
 yo soy la ignota⁴ escala
 que el cielo une a la tierra.

Yo soy el invisible
 anillo que sujeta
 el mundo de la forma
 al mundo de la idea.

Yo, en fin, soy ese espíritu,
 desconocida esencia,
 perfume misterioso
 de que es vaso⁵ el poeta.

XI

«Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión;
de ansia de goces mi alma está llena.
¿A mí me buscas?» «No es a ti, no».

«Mi frente es pálida; mis trenzas, de oro;
puedo brindarte dichas sin fin;
yo de temura guardo un tesoro.
¿A mí me llamas?» «No; no es a ti».

«Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible;
no puedo amarte». «¡Ah ven; ven tú!»

LIII

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán;
pero aquellas que el vuelo refrenaban,
tu hermosura y mi dicha al contemplar;
aquellas que aprendieron nuestros nombres,
ésas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madreelvas
de tu jardín las tapias a escalar,
y otra vez a la tarde, aun más hermosas,
sus flores se abrirán;
pero aquellas cuajadas de rocío,
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer, como lágrimas del día...
ésas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
las palabras ardientes a sonar;



Rosalía de Castro
(1837-1885)

Volved

I

Bien sabe Dios que siempre me arrancan tristes lágrimas
aquéllos que nos dejan;¹
pero aún más me lastiman y me llenan de luto
los que a volver se niegan.

¡Partid, y Dios os guíe!..., pobres desheredados
para quienes no hay sitio en la hostigada² patria;³
partid llenos de aliento en pos de⁴ otro horizonte,
pero... volved más tarde al viejo hogar que os llama.

Jamás del extranjero el pobre cuerpo inerte,
como en la propia tierra en la ajena descansa.⁵

II

Volved, que os aseguro
que al pie de cada arroyo y cada fuente
de linfa⁶ transparente,
donde se reflejó vuestro semblante,
y en cada viejo muro
que os prestó sombra cuando niños crais
y jugabais inquietos,
y que escuchó más tarde los secretos
del que ya adolescente
o mozo enamorado,
en el soto, en el monte y en el prado,
dondequiera que un día
os guió el pie ligero...,
yo os digo y os juro
que hay genios⁷ misteriosos

que os llaman tan sentidos y amorosos
y con tan hondo y dolorido acento,
que hacen más triste el suspirar del viento,
cuando en las noches del invierno duro
de vuestro hogar que entristeció el ausente,
discurren por los ámbitos medrosos
y en las eras sollozan silenciosos,
y van del monte al río
llenos de luto y siempre murmurando:
«¡Partieron!... ¿Hasta cuándo?
¡Qué soledad! ¿No volverán, Dios mío?

Sintiéndose acabar con el estío

Sintiéndose acabar con el estío
la desahuciada enferma,
¡moriré en el otoño!
—pensó, entre melancólica y contenta—,
y sentiré rodar sobre mi tumba
las hojas también muertas.

Mas...ni aun la muerte complacerla quiso,
cruel también con ella:
perdonóle la vida en el invierno,
y, cuando todo renacía en la tierra,
la mató lentamente, entre los himnos
alegres de la hermosa primavera.

Ya siente que te extingues en su seno

Ya siente que te extingues en su seno,
llama vital, que dabas
luz a su espíritu, a su cuerpo fuerzas,
juventud a su alma.

Ya tu calor no templará su sangre,
por el invierno helada,
ni harás latir su corazón, ya falto
de aliento y de esperanza.
Mudo, ciego, insensible,
sin gozos ni tormentos,
será cual astro que apagado y solo
perdido va por la extensión del cielo.

Si para que se llene y se desborde
el inmenso caudal de los agravios
quiere que nunca hasta sus labios llegue
más que el duro y amargo
pan que el mendigo con dolor recoge
y ablanda con su llanto,
sucumbirá por fin, como sucumben
los buenos y los bravos,
cuando en batalla desigual les hiere
la mano del cobarde o del tirano.

Y ellos entonces vivirán dichosos
su victoria cantando,
como el cárabo canta en su agujero
y la rana en su charco.
Mas en tanto ellos cantan . . . ,
¡muchedumbre
que nace y muere en los paternos campos,
siempre desconocida y siempre estéril!,
triste la Patria seguirá llorando,
siempre oprimida y siempre
de la ruindad y la ignorancia pasto.

Cuando sopla el Norte duro

Cuando sopla el Norte duro
y arde en el hogar el fuego,
y ellos pasan por mi puerta
flacos, desnudos y hambrientos,
el frío hiela mi espíritu,
como debe helar su cuerpo.
Y mi corazón se queda
al verlos ir sin consuelo,
cual ellos, opreso y triste,
desconsolado cual ellos.

Era niño y ya perdiera
la costumbre de llorar,
la miseria seca el alma
y los ojos además:
era niño y parecía,
por sus hechos, viejo ya.

¡Experiencia del mendigo!
Eres precoz como el mal,
implacable como el odio,
dura como la verdad.

De polvo y fango nacidos,
fango y polvo nos tornamos;
¿por qué, pues, tanto luchamos
si hemos de caer vencidos?

Cuando esto piensa humilde y temerosa,
como tiembla la rosa
del viento al soplo airado,
tiembla y busca el rincón más ignorado
para morir en paz, si no dichosa.

Ya pasó la estación de los calores

I

Ya pasó la estación de los calores,
y lleno el rostro de áspera fiereza,
sobre los restos de las mustias flores
asoma el crudo invierno su cabeza.

Por el azul del claro firmamento
tiene sus alas de color sombrío,
cual en torno de un casto pensamiento
a sus alas tiende un pensamiento impío.

Y gime el bosque, y el torrente brama,
y la hoja seca, en lodo convertida,
dale llorosa al céfiro¹⁰ a quien ama
la postrera y doliente despedida.

II

Errantes, fugitivas, misteriosas,
tienden las nubes presuroso el vuelo,
no como un tiempo, cándidas y hermosas,
si llenas de amargura y desconsuelo.

Más allá..., más allá..., siempre adelante,
prosiguen sin descanso su carrera,
bañado en llanto el pálido semblante
con que riegan el bosque y la pradera.

Que enojada la mar¹¹ donde se miran
y oscurecido el sol que las amó,
sólo saben decir cuando suspiran:
«Todo para nosotras acabó».

III

Suelto el ropaje y la melena al viento,
cual se agrupan en torno de la luna...,
locas en incesante movimiento,
remedan el vaivén de la fortuna.

Pasan, vuelven y corren desatadas,
hijas del aire en forma caprichosa,
al viento de la noche abandonadas
en la profunda oscuridad medrosa.

Tal en mi triste corazón inquietas
mis locas esperanzas se agitaron,
y a un débil hilo de placer sujetas,
locas..., locas también se quebrantaron.

Siglo XX
Generación del 27



Pedro Salinas
(1891-1951)

Para vivir no quiero
islas; palacios, torres.
¡Qué alegría más alta:
vivir en los pronombres!²

Quítate ya los trajes,
las señas, los retratos;
yo no te quiero así,
disfrazada de otra,
hija siempre de algo.
Te quiero pura, libre,
irreductible: tú.
Sé que cuando te llame
entre todas las gentes
del mundo,
sólo tú serás tú.

Y cuando me preguntes
quién es el que te llama,
el que te quiere suya,
enterraré los nombres,
los rótulos, la historia.
Iré rompiendo todo
lo que encima me echaron
desde antes de nacer.

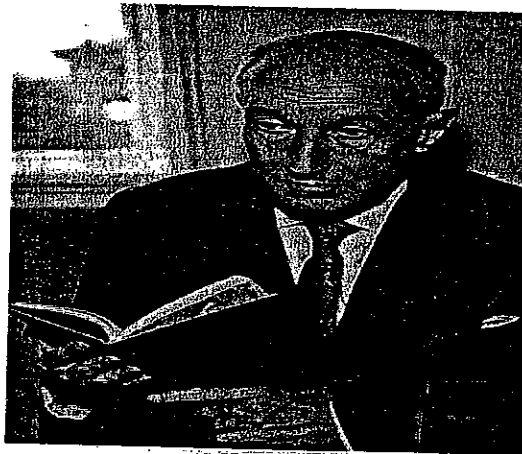
Y vuelto ya al anónimo
'eterno del desnudo,
de la piedra, del mundo,
te diré:
«Yo te quiero, soy yo.»



Jorge Guillén
(1893-1984)

LAS DOCE EN EL RELOJ

Dije: ¡Todo ya pleno!
Un álamo vibró.
Las hojas plateadas
Sonaron con amor.
Los verdes eran grises,
El amor era sol.
Entonces, mediodía,
Un pájaro sumió
Su cantar en el viento
Con tal adoración
Que se sintió cantada
Bajo el viento la flor
Crecida entre las mieses,
Más altas. Era yo,
Centro en aquel instante
De tanto alrededor,
Quien lo veía todo
Completo para un dios.
Dije: Todo, completo.
¡Las doce en el reloj!



Gerardo Diego
(1896-1987)

EL CIPRÉS DE SILOS¹⁵

ENHUESTO surtidor de sombra y sueño
que acongojas el cielo con tu lanza.
Chorro que a las estrellas casi alcanza
devanado a sí mismo en loco empeño.

Mástil de soledad, prodigio isleño;
flecha de fe, saeta de esperanza.
Hoy llegó a ti, riberas del Arlanza¹⁶,
peregrina al azar, mi alma sin dueño.

Cuando te vi, señero, dulce, firme,
qué ansiedades sentí de diluirme
y ascender como tú, vuelto en cristales,

como tú, negra torre de arduos filos,
ejemplo de delirios verticales,
mudo ciprés en el fervor de Silos.



Rafael Alberti
(1902-1999)

LOS DOS ÁNGELES

Ángel de luz, ardiendo,
¡oh, ven!, y con tu espada
incendia los abismos donde yace
mi subterráneo ángel de las nieblas.

¡Oh espadazo en las sombras!
Chispas múltiples,
clavándose en mi cuerpo,
en mis alas sin plumas,
en lo que nadie ve,
vida.

Me estás quemando vivo.
Vuela ya de mí, oscuro
Luzbel⁶⁸ de las canteras sin auroras,
de los pozos sin agua,
de las simas sin sueño,
ya carbón del espíritu,
sol, luna.

Me duelen los cabellos
y las ansias. ¡Oh, quémame!
¡Más, más, sí, sí, más! ¡Quémame!



Dámaso Alonso
(1898-1990)

INSOMNIO

Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres (según las últimas estadísticas).
A veces en la noche yo me revuelco y me incorporo en este nicho en el que hace 45 años⁸⁹ que me pudro,
y paso largas horas oyendo gemir al huracán, o ladrar los perros, o fluir blandamente la luz de la luna.
Y paso largas horas gimiendo como el huracán, ladrando como un perro enfurecido, fluyendo como la leche de la ubre caliente de una gran vaca amarilla.
Y paso largas horas preguntándole a Dios, preguntándole por qué se pudre lentamente mi alma por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad de Madrid,
por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en el mundo.
Dime, ¿qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre?
¿Temes que se te sequen los grandes rosales del día, las tristes azucenas letales de tus noches?



Vicente Aleixandre
(1898-1984)

La selva y el mar

Allá por las remotas
luces o aceros aún no usados,
tigres del tamaño del odio,
leones como un corazón hirsuto,
sangre como la tristeza aplacada,
se baten como la hiena amarilla que toma la forma del
poniente²¹ insaciable.

Oh la blancura súbita,
las ojeras violáceas de unos ojos marchitos,
cuando las fieras muestran sus espadas o dientes
como latidos de un corazón que casi todo lo ignora,
menos el amor,
al descubierto en los cuellos allá donde la arteria golpea,
donde no se sabe si es el amor o el odio
lo que reluce en los blancos colmillos.

Acariciar la fosca²² melena
mientras se siente la poderosa garra en la tierra,
mientras las raíces de los árboles, tembrosas,
sienten las uñas profundas
como un amor que así invade.

Mirar esos ojos que sólo de noche fulgen,²³
donde todavía un cervatillo²⁴ ya devorado
luce su diminuta imagen de oro nocturno,
un adiós que centellea de póstuma ternura.

El tigre, el león cazador, el elefante que en sus
colmillos lleva algún suave collar,

La cobra que se parece al amor más ardiente,
el águila que acaricia a la roca como los sesos duros,
el pequeño escorpión que con sus pinzas solo aspira a
oprimir un instante la vida,
la menguada presencia de un cuerpo de hombre que
jamás podrá ser confundido con una selva,
ese piso feliz por el que viborillas perspicaces hacen su
nido en la axila del musgo,²⁵
mientras la pulcra coccinela²⁶
se evade de una hoja de magnolia sedosa...
Todo suena cuando el rumor del bosque siempre virgen
se levanta como dos alas de oro,
élitros,²⁷ bronce o caracol rotundo,
frente a un mar que jamás confundirá sus espumas con
las ramillas tiernas.

La espera sosegada,
esa esperanza siempre verde,
pájaro, paraíso, fasto²⁸ de plumas no tocadas,
inventa los ramajes más altos,
donde los colmillos de música,
donde las garras poderosas, el amor que se ciava,
la sangre ardiente que brota²⁹ de la herida,
no alcanzará, por más que el surtidor³⁰ se prolongue,
por más que los pechos entreabiertos en tierra
proyecten su dolor o su avidez a los cielos azules.

Pájaro de la dicha,
azul pájaro o pluma,
sobre un sordo rumor de fieras solitarias,
del amor o castigo contra los troncos estériles,
frente al mar remotísimo que como la luz se retira.

La destrucción o el amor



Luis Cernuda
(1902-1963)

NO DECÍA PALABRAS

No decía palabras,
Acercaba tan sólo un cuerpo interrogante,
Porque ignoraba que el deseo es una pregunta
Cuya respuesta no existe,
Una hoja cuya rama no existe,
Un mundo cuyo cielo no existe.

La angustia se abre paso entre los huesos,
Remonta por las venas
Hasta abrirse en la piel,
Surtidores de sueño
Hechos carne en interrogación vuelta a las nubes.
Un roce al paso,
Una mirada fugaz entre las sombras,
Bastan para que el cuerpo se abra en dos,
Avido de recibir en sí mismo
Otro cuerpo que sueñe;
Mitad y mitad, sueño y sueño, carne y carne;
Iguales en figura, iguales en amor, iguales en deseo.
Aunque sólo sea una esperanza,
Porque el deseo es una pregunta cuya respuesta nadie sabe.

(De *Los placeres prohibidos*.)



Federico García Lorca
(1898-1936)

A las cinco de la tarde
Eran las cinco en punto de la tarde.
Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.
Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.
Lo demás era muerte y sólo muerte
a las cinco de la tarde.

El viento se llevó los algodones
a las cinco de la tarde.
Y el óxido sembró cristal y níquel
a las cinco de la tarde
Ya luchan la patoma y el leopardo
a las cinco de la tarde.
Y un musio con un asta desolada
a las cinco de la tarde.
Comenzaron los sones de bordón
a las cinco de la tarde.
Las campanas de arsénico y el humo
a las cinco de la tarde.
En las esquinas grupos de silencio
a las cinco de la tarde.

¡Y el toro solo corazón arriba!
a las cinco de la tarde.
Cuando el sudor de nieve fue llegando
a las cinco de la tarde,
cuando la plaza se cubrió de yodo

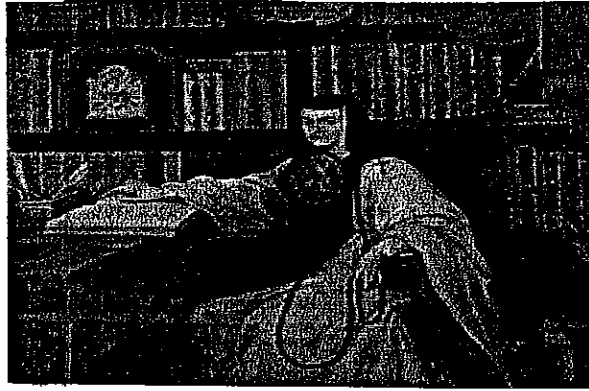
a las cinco de la tarde,
la muerte puso huevos en la herida
a las cinco de la tarde.
A las cinco de la tarde,
A las cinco en punto de la tarde.

Un ataúd con ruedas es la cama
a las cinco de la tarde.
Huesos y flautas suenan en su oído
a las cinco de la tarde.
El toro ya mugía por su frente
a las cinco de la tarde.
El cuarto se irisaba de agonía
a las cinco de la tarde.
A lo lejos ya viene la gangrena
a las cinco de la tarde.

Trompa de lirio por las verdes ingles
a las cinco de la tarde.
Las heridas quemaban como soles
a las cinco de la tarde,
y el gentío rompía las ventanas
a las cinco de la tarde.

A las cinco de la tarde.
¡Ay, qué terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

Periodo Colonial



Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695)

Hombres necios que acusáis
a la mujer, sin razón,
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis;

si con ansia sin igual
solicitáis su desdén,
por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia
y luego, con gravedad,
decís que fue liviandad
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco,
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.

Queréis, con presunción necia,
hallar a la que buscáis
para pretendida, Thais,
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
tenéis condición igual,
quejándoos, si os tratan mal,
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión, ninguna gana,
pues la que más se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis
que, con desigual nivel,
a una culpáis por cruel
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues como ha de estar templada
la que vuestro amor pretende?,
¿si la que es ingrata ofende,
y la que es fácil enfada?

Mas, entre el enfado y la pena
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere
y quejaos en hora buena.

Dan vuestras amantes penas
a sus libertades alas,
y después de hacerlas malas
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada:
la que cac de rogada,
o el que ruega de caído?

¿O cuál es de más culpar,
aunque cualquiera mal haga;
la que peca por la paga
o el que paga por pecar?

¿Pues, para qué os espantáis
de la culpa que tenéis?

Soneto

Éste que ves, engaño colorido,
que, del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;

éste, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores,
y venciendo del tiempo los rigores
triunfar de la vejez y del olvido,

es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado:

es una necia diligencia errada,
es un afán caduco y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Soneto

Rosa divina, que en gentil cultura
eres con tu fragante sutileza
magisterio purpúreo en la belleza,
enseñanza nevada a la hermosura.

Amago de la humana arquitectura,
ejemplo de la vana gentileza,
en cuyo ser unió naturaleza
la cuna alegre y triste sepultura.

Queredlas cual las hacéis
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,
y después, con más razón,
acusaréis la afición
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo
que lidia vuestra arrogancia,
pues en promesa e instancia
juntáis diablo, carne y mundo.

¡Cuán altiva en tu pompa, presumida
soberbia, el riesgo de morir desdeñas,
y luego desmayada y encogida,

de tu caduco ser das mustias señas!
con que con docta muerte y necia vida,
viviendo engañas y muriendo enseñas.

Soneto

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión por quien alegre muero,
dulce ficción por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias, atractivo,
sirve mi pecho de obediente acero,
¿para qué me enamoras lisonjero
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes, satisfecho,
de que triunfa de mí tu tiranía:
que aunque dejas burlado el lazo
estrecho

que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.